

hombres, se había sufrido una temperatura tan sofocante y tempestuosa, ya en sumo grado excitante, ya deprimente y aplastadora como en los primeros días de Thermidor. En las horas más frescas de la noche, no bajo el termómetro de diez y ocho grados, y el calor llegó durante el día al extremo de «perecer hombres y animales».

Los diputados, convencidos por la sesión de la víspera en los Jacobinos, de que no les quedaba otro refugio que el salón de la Convención, acudieron á la hora reglamentaria, las diez de la mañana, con rara puntualidad. Hacia la misma hora, Didier y otros guardias de corps se fueron á buscar á Maximiliano, que se había compuesto y aderezado con más esmero que de costumbre, gracias á la solicitud de las *devotas*, y vestía el mismo traje que había lucido el día de la fiesta al Sér Supremo. Su entrada en la Convención fué saludada con los aplausos de las tribunas, los rumores de los montañeses y la curiosidad de todos. Para manifestar su ruptura con la Montaña, se colocó de pie junto á la tribuna, como junto al trono de su próximo imperio, desde donde lanzaba aquellas miradas sombrías y feroces que nadie hasta entonces había osado sostener, por juzgárselas como seguras sentencias de proscripción. Todo el mundo se estuvo callado, y la sesión discurrió tranquilamente mientras se dió cuenta de los asuntos corrientes y se leyó la correspondencia. Alrededor de las doce, Saint-Just, más frío y más sombrío que nunca, sube á la tribuna á leer su discurso. Al verle, cada partido envía á llamar á sus diputados, los cuales llegan por grupos y en tal número, que no se había visto sesión tan concurrida desde la del juicio del Rey. Tras los diputados entran los dos comités, á los cuales tributan un aplauso las tribunas, de ordinario tan robespierristas, lo que se tuvo por feliz presagio. El discurso de Saint-Just era mesurado, menos brillante, pero más práctico que la obra magna de Robespierre. Juzgando con más acierto la situación, había templado y reducido las acusaciones, limitándolas á cuatro individuos del Comité de Salvación pública, Carnot, Barere, Billaud y Collot, mas sin llegar á proponer el arresto. No decía más que «Deseo que se justifiquen». Pedía que las actas de los comités llevasen, cuando menos, seis firmas, para evitar las acusaciones de triunvirato y de dictadura, y proponía en términos bastante vagos, que se redactasen instituciones que, sin menoscabar los resortes revolucionarios del gobierno, contuviesen la tendencia á la arbitrariedad, á favorecer la ambición y á oprimir ó usurpar la representación nacional. De hábil retirada debemos calificar esta oración, encaminada á facilitar el restablecimiento de la concordia; mas entonces, ¿por qué romper con los comités faltándoles á la palabra? Allá, en el seno de los comités, era donde procedía renovar la tentativa de conciliación del cinco Thermidor, y de seguro que la discusión no se hubiese rechazado. Aquí, no estaban los ánimos para oír pláticas de colegial, retóricas pueriles y pedantescas, plagadas de mezquinas recriminaciones y acusaciones vagas.

En efecto, el gran pedagogo no pudo leer su discurso. Los individuos de los comités

estaban persuadidos, por lo que había pasado, de que iba á pedir sus cabezas, y los jefes de la Montaña, «decididos á concluir», habían convenido en no dejar hablar ni á Robespierre ni á Saint Just. A la segunda frase de éste, interrumpe Tallien para pedir interpretando el sentimiento general, que se salga de aquella situación equívoca, en la que está como encarcelado el público pensamiento hace tantos días. En vano Saint Just, alentado por Robespierre siempre de pie junto á la tribuna, por los aplausos de algunos diputados y por los rumores aprobatorios del público, intenta resistir y continuar su discurso. Billaud pide la palabra por cierto muy á disgusto de Barere, que trata de detenerle, y como no lo consiguiese, le dice muy bajito; «No ataques más que á Robespierre; deja en paz á Couthon y Saint-Just». Bueno estaba Billaud para contemplaciones. Exasperado por la acogida que recibiera la víspera en los jacobinos, pronuncia una arenga fogosa, incoherente, que puso en violenta conmoción á toda la Asamblea. «La Convención, dice, se halla entre dos cuchillas; perecerá si es débil».—«¡No, no!», gritaron de todos los lados de la Cámara los diputados, levantándose y agitando los sombreros. Las tribunas, yéndose por instintivo impulso con el más fuerte secundaron con: «¡Viva la Convención!, ¡viva el Comité!» Lebas, enérgico y violento, corre á la tribuna; pero Collot, que preside, mantiene con energía en el uso de la palabra á Billaud.—«¡Á la cárcel, á la Abadía!», gritan desde la cima de la Montaña. Lebas se retira; segundo fracaso de Robespierre.—«Todos moriremos, siguió diciendo Billaud, para salvar la libertad; no hay aquí un solo representante que quiera vivir bajo un tirano».—«¡No, no!», gritaron los diputados, «¡perezcan los tiranos!» Colérico, ciego, amontonaba Billaud, al tenor que se le ocurrían, todo linaje de agravios contra Robespierre, sin pararse á considerar el efecto que habían de producir en la Cámara, y así, llegó á reprocharle el haber protestado como un furioso la primera vez que él denunció á Dantón en el Comité. Súbitos rumores le advirtieron del mal paso que acababa de dar. La Montaña se quedó fría al oír aquellas palabras, que podían arrebatarse el apoyo de Dubois-Crancé, Merlin de Thionville y demás dantonistas. Si alguna cosa podía salvar al gran jacobino, era precisamente esta explosión ultraterrorista de Billaud. Herido en su vanidad por aquellas mismas frases, Robespierre se lanza á la tribuna. Un grito le para; grito que dominará en adelante todos los ruidos, que verterá la embriaguez en todos los cerebros y que, con la terrible campanilla presidencial, aplastará á Robespierre: al grito de «¡Abajo el tirano!» Esta frase que estaba en todas las conciencias y en todos los labios, pareció una revelación. No era Maximiliano más feroz, ni más corrompido ni más insolente que sus compañeros, pero era el que más había abusado de la Convención, el que había impuesto más miedo y más servilismo á los convencionales, el que había ejercido realmente la tiranía. El Tirano no consigue hablar; pero continúa agarrado á la tribuna, gesticulando, amenazando, gritando. Episodio quizás el más conmovedor de aquel drama parlamentario, el de la tribuna ocupada por varios oradores á un

tiempo y pugnando todos por hablar y de los cuales uno solo es condenado al mutismo, el acusado. El más terrible de los fiscales fué Tallien, que desplegó un poder, una energía, un acierto que, á falta de genio, sólo el amor pudo darle por esta única vez en su vida. Como recurso oratorio que pocas veces deja de producir efecto en la muchedumbres democráticas, desenvaina un puñal, con el que dice traspasará el seno del nuevo Bomwell si la Asamblea no tiene el valor de decretar su acusación; habla Verres, de Catilina; pide el arresto de Hanriot y de su estado mayor, y consigue que la Convención se declare en sesión permanente. Billaud, resuelto á no dejar la delantera á la Montaña vuelve á la carga: pide la acusación de los partidarios militares de Robespierre, de Boulanger, Dufraisse, luego de Dumas, despues de Hanriot y sus satélites. La Asamblea accede en parte votando el arresto de Hanriot y del presidente del Tribunal revolucionario, Dumas, por su conducta la vispera en los Jacobinos. Robespierre vuelve á pedir la palabra. «¡Abajo el tirano!» se grita de nuevo.

Pero no todo la Asamblea estaba empeñada en la lucha; realmente no eran más que diez ó doce montañeses los que sostenían el combate. La mayoría de la Montaña oscilaba al impulso de las diversas impresiones, y los pocos que por simpatía ó compromiso se inclinaban hacia Robespierre, se estaban callados, aturdidos y medrosos por lo descomunal del ataque y lo incierto del desenlace. La Llanura se mantenía en la actitud imparcial de juez, sin que nadie pudiese prever de qué lado caería. Las tribunas, que los más furiosos robespierristas habían abandonado al ver el giro de la discusión, aplaudían cada vez con más calor las acusaciones contra la tiranía, Pero aun á estas alturas, habríale bastado á Robespierre una frase enérgica, un gesto elocuente, para traerse á su lado á los indecisos y á los tímidos. Lo que más perjudicaba á éste era su soledad, el no contar con un solo partidario enérgico, los cuales había perdido por su orgullo, su ambición, su tortuosa conducta, la obscuridad de sus proyectos y su culto á la populacheria. Faltábale en estos instantes hasta la serenidad. De nada propicio sabía aprovecharse. Todo se le volvía gestos de cólera, gritos amenazadores, palabras furiosas, no advirtiendo que con esto favorecía la táctica de sus enemigos. ¿Qué era de Saint-Just? Allí estaba al pie de la Tribuna, impasible y desdeñoso, sintiéndose tan incapaz como Couthon de luchar contra el furioso oleaje de aquel mar embravecido. De pronto se oyen las voces de «¡Barere, Barere á la tribuna!» Robespierre, que había recobrado un poco de calma, se inclina con el sombrero en la mano, solicitando el favor de ser oído antes que el relator del Comité.— «¡No, no, abajo el tirano! ¡La palabra á Barere!» Este indigno pastelero, que no conoce más deidad que el éxito, refuta en pocas palabras el discurso de Robespierre, aunque sin nombrarle ni encarnizarse; hace decretar la supresión del grado de general en jefe de la guardia nacional, y lee una proclama, que se votó hábilmente forjada para suscitar sospechas contra Maximiliano y, muy especialmente, para aumentar el prestigio de la Con-

